

3. TOPOGRAFÍA¹¹⁶ Y PRESAGIOS CELESTES

En el pensamiento mágico vasco la Naturaleza está animada, como un ser vivo en constante proceso de transformación y cambio; el cuerpo del universo terráqueo tiene una parte interior sagrada: *“Por sus grietas y galerías circulan los astros, fuerzas misteriosas y seres mágicos, y además contiene tesoros, oro, fuego, agua, ríos de leche y miel, etc. Tiene asimismo una parte exterior, profana, en la que por lo habitual moramos nosotros y en la que transcurre nuestra vida cotidiana”* (Garagalza 2006/7: 146)¹¹⁷. El valor no se encuentra en una cima a ascender ni en el cielo, sino que se asocia con las profundidades de la tierra, las cavidades de las grutas, el agua y la humedad de las fuentes, con los lugares oscuros, recónditos y cerrados, de los que emana la vida. El régimen nocturno se impone al diurno de la luminosidad solar, en el que prevalece el estallido de la luz sobre el fondo tenebroso. Este es el verdadero sentido de la topografía y de la cosmogonía occidentales, a partir de la mitología y no de la ciencia. Existe una dimensión topográfica del imaginario y, por supuesto, no es únicamente el cosmos el único espacio de maravillas o prodigios, sino también lugares terrestres: cavernas, minas, ríos y fuentes, bosques, montañas, encrucijadas, puentes, etc. (Acosta 1996: I, 33-3536).

Todas las sociedades, todos los grupos humanos, atesoran recuerdos, huellas que se adhieren a su memoria en forma de imágenes colectivas que, simbólicamente, quedan unidas a diferentes elementos. El espacio es probablemente uno de los que con más facilidad adquiere este valor simbólico y se impregna de los recuerdos de la gente y, sin embargo, también de los que más rápidamente se modifican. Los espacios son abiertos, móviles, y relativos, y la categoría con la que los identifiquemos variará de acuerdo a factores diferentes.

En Euskal Herria cabe subrayar la correspondencia entre la topografía en el imaginario popular y los ámbitos nucleares de la cultura vasca, a modo de antítesis simbólica. El espacio no humanizado es el contrapunto ecológico de la casa y de la comunidad local, caracterizándose como morada de potencias sobrenaturales diversas. El bosque¹¹⁸, el monte, las cuevas y las aguas, espacios naturales en los que el hombre no ha inscrito su orden y la noche, que también escapa a su dominio, configuran un cronotopos habitado por toda una legión de seres numinosos (Homobono Martínez 1994 b). Produciendo fobias y temores frente a la oscuridad, la soledad, los relieves abruptos, concretados en los mecanismos de proyección psicológica¹¹⁹.

3.1. Minas

Es patrimonio común de muchas culturas, incluso de las subculturas contemporáneas de Occidente, un corpus de mitología lítica o de creencias sobre la gestación y crecimiento de las piedras y de los minerales en las entrañas de la Madre Tierra¹²⁰, de cuya fecundación participan. La idea de que los minerales se hallan en gestación en el seno de la mina no es patrimonio exclusivo de la cultura popular, sino que la sustentan autores clásicos como Plinio, Estrabón, Jenofonte o Plutarco. Por eso se dejaban reposar los minerales después de un período de explotación. La mina, matriz de la tierra, necesitaba tiempo para volver a engendrarlos. La idea de esta percepción arcaica de que los minerales “crecen” en el seno de la mina se mantendría durante largo tiempo presente en las especulaciones mineralógicas de autores occidentales; como Cardan, Bacon, Gosford o Barba¹²¹ los siglos XVI y XVII (Sébillot 1894: 397-401; Eliade 1974: 42-45).

116 La geología se relaciona con el folclore, a través del mito y la leyenda. A la conjunción de todos estos campos se la denomina geomitología, un saber interdisciplinar que trata de explicar ciertos mitos y leyendas en términos de acontecimientos geológicos. La fiabilidad de la historia o tradición oral está sometida a controversia. Todas las naciones poseen su particular folclore para explicar los rasgos de su paisaje. A largo plazo, los procesos geológicos son la suma de infinitos y pequeños acontecimientos, demasiado insignificantes como para ser percibidos: nivel relativo de la tierra y el mar, avance o retroceso de los glaciares, mutaciones climáticas (Vitaliano 1994: 1-12). De ahí que ciertas supersticiones topográficas persistan hasta las puertas de la Ilustración.

117 Como otras culturas tradicionales, la vasca comparte una visión geocéntrica del cosmos, *“en la que la Tierra está debajo de nosotros y nos sostiene, mientras que el firmamento está arriba y los astros que en él se mueven giran en torno a ella, que en consecuencia estamos en el centro del cosmos”* (Garagalza 2006/7: 147). El Sol y la Luna transitan por su interior y “salen” cada mañana del interior de la Tierra o del mar. Incluso actualmente, los defensores de esta creencia propugnan que en el interior de la Tierra flota un Sol y que existen dos aperturas, una en cada polo, así como un sistema de galerías destinado a comunicar lugares distantes a través del subsuelo. Creencias, por supuesto, desautorizadas por la ciencia, pero avaladas por diversas mitologías.

118 El imaginario de los hombres transforma el bosque, poblándolo de seres míticos o de espíritus malignos, como las hadas, los elfos, los duendes, los ogros, las brujas, en su mayor parte peligrosos (Derex 2013: 136, 145).

119 Las formas vegetales espesas, ambiguas o agitadas por el viento o hechas más inciertas por la niebla, las rocas, los juegos de luces a través de enramadas, los múltiples sonidos deformados, etc. ofrecen un substrato favorable para la proyección. Traduciendo esos sentimientos de temor en interpretaciones fantásticas.

120 Ya que, tras su agotamiento por obra del trabajo de extracción, volvían a reproducirse por sus propias fuerzas. *“El concepto genésico del cosmos alcanzaba en tiempos pasados incluso al mundo subterráneo de los minerales. Se creía que éstos se hallaban en trance de gestación en el seno de la tierra, ya que, después de su agotamiento por obra del trabajo de extracción, volvían a reproducirse por sus propias fuerzas. Esa era la idea que alimentaba el naturalista Plinio respecto a las minas de España, y nadie en su tiempo hubiera puesto en tela de juicio el que el mundo mineral pueda regenerarse como el orgánico”* (Thalarnas 1969: 344).

121 Eclesiástico y uno de los principales tratadistas metalúrgicos españoles, autor de un tratado de minas, *Arte de los Metales*, impreso en 1640. Barba, autor español del siglo XVII, afirma que una mina agotada es capaz de rehacer sus yacimientos si se la taponan convenientemente y deja reposar por un período de diez a quince años. Porque, añade Barba, los que creen que los metales han sido creados desde el principio del tiempo se engañan groseramente: los metales «crecen» en las minas.

La mina, matriz de la Tierra, es como una planta enterrada que puede engendrar continuamente minerales. Pero necesita tiempo para renovarse, por lo que se dejaba reposar a los minerales después de un periodo de explotación activa. Al explorar una mina resulta frecuente hallar antiguos trabajos, que los mineros atribuyen al “hombre antiguo”, en zonas nuevamente impregnadas de mineral al cabo de gran número de años (Sébillot 1894: 401).

De este modo Bowles¹²² atribuye a los mineros de Somorrostro y Triano¹²³ del siglo XVIII esta creencia de que la vena de hierro crece. El erudito naturalista, tras argumentar en favor de esta hipótesis de acuerdo con los conocimientos metalogénicos propios de su época, que se remontan a la antigüedad clásica, afirma:

“Es tan seguro que toda la mina se forma diariamente por el agregado de las materias que acarrea el movimiento imperceptible de humedad, que no debe causar maravilla lo que afirman los trabajadores de ella; esto es, que se hallan fragmentos de picos, azadas, y otras herramientas en algunas partes que fueron cabadas (sic) muchos siglos hace, y que después han vuelto á llenarse de mineral; por cuya causa deben ser creídos dichos trabajadores quando afirman que la mina crece; pero la gran lentitud con que lo executa impide que los hombres puedan calcular su incremento, ni señalar el número de siglos que son menester para llenar un agujero (sic) de un tamaño determinado” (Bowles 1782: 351).

Es más que plausible que esta creencia, de que el mundo mineral pueda regenerarse como el orgánico, atestiguada para finales del siglo XVIII, perdurase en la zona al menos hasta las postrimerías del Antiguo Régimen e incluso con el despegue de la industrialización¹²⁴.

3.2. Cuevas

La topografía subterránea también se asocia en el imaginario colectivo con cuevas, simas, minas subterráneas y conductos que ponen en comunicación puntos muy lejanos (Barandiaran 1973: II, 14). Así, en Saratxo se decía que algunas de sus cuevas¹²⁵ llegan hasta el mar, en Ontón (A. F. O.). Estas cavidades canalizan extraños ecos subterráneos (Sébillot 1983: II, 267). Aurelio Fuica, del barrio precitado, afirmaba haber escuchado voces en un refugio u oquedad de La

Arana, que atribuyó a unos prófugos escondidos en Llanillas, a más de 1 km. de distancia. Por toda la zona de Saratxo se escuchaban, en ocasiones, extraños ruidos, que otro vecino asociaba con reverberaciones de lejanos sonidos. Es preciso hacer notar que aquí se ubica un importante coto minero, y que estos peculiares y lejanos ruidos se atribuyen en otros ámbitos culturales a los elfos de las minas, supuestos habitantes del submundo (Callejo Cabo 1996: 80).

La cueva, útero materno de la Tierra, ocupa un lugar significativo en la topografía imaginaria de muchos pueblos, entre ellos el vasco, que sitúa en cuevas y simas la morada de númenes como *Mari*, las *lamiñak* (lamias)¹²⁶, las *sorgiñak* (brujas), los *mairuk* (moros) y los *jentillak* (Barandiaran 1973: II, 12, 15-29, 31-40; Llinares 1990: 118). Tampoco es infrecuente que la religión cristiana haya convertido en lugar de culto estos ámbitos troglodíticos revestidos de una sacralidad precedente.

En Las Encartaciones y zonas colindantes se designan genéricamente como *moras* o como *brujas*, a estos genios que moran en las grutas, con escasos ejemplos de “espantos” o de advocaciones religiosas femeninas. Barandiaran se hace eco de sendos informes procedentes de Gordexola y de Okondo, relativos a una *mora* o *bruja* que peina sus dorados cabellos con peine de oro ante la boca de sus respectivas cuevas (1973: II, 20-21). El imaginario popular puebla las cuevas de la zona minera con brujas y encantadoras¹²⁷. Resulta evidente que este tipo de brujas se asimila a la categoría de genios y no con las mujeres dotadas de presuntos poderes.

Ya dentro del municipio de Barakaldo, subsisten las referencias y consejos relativas a númenes en las oquedades, si bien los testimonios recibidos de mis informantes al respecto son singulares y desdibujados, como si sus referencias fuesen incompletas a juzgar -siempre en un contexto comparativo- por las similares de otras zonas del entorno. El ya citado Manuel Pérez (a) *Perillas*, de Tellitu (El Regato/Errekatxo) afirmaba haber visto una *bruja* peinándose con peine de oro, ante la entrada de la Cueva de Los Tabaqueros¹²⁸ (en Peñas Blancas) (B. Z. U.).

Ni aun las cuevas cristianizadas, como lugar de culto, están exentas de estas presencias numinosas¹²⁹. En la cueva homónima de Urallaga (Galdames) existe una ermita de La Magdalena¹³⁰ erigida dentro del arco exterior de la misma, boca de acceso a una intensa

122 William Bowles (1705-1780) fue un notorio naturalista irlandés que efectuó un viaje por la península por encargo del gobierno español, estudiando minas y calidades de las tierras.

123 Con inclusión de las minas de la Anteiglesia de Barakaldo.

124 En 1928 el escritor vasco *Larreko* recibió una carta de un propietario minero donibandarra, solicitando la dirección de un sacerdote, con el fin de conseguir que el mineral de su mina recobrase “la virtud” que había perdido por obra de unos *belhagiles* (brujos), que se valían de artes diabólicas (Thalams 1969: 344).

125 Las leyendas acerca de cuevas son un aspecto muy concreto y especial dentro del mundo del folclore. Por su situación, están muy relacionadas con todos los elementos de la naturaleza. Pero también con hechos, en su origen reales, que con el paso de los años se han ido desvirtuando, y han llegado a nosotros totalmente transformados. También son muy abundantes las historias en que las sitúan como moradas de seres sobrenaturales, muchos de los cuales habitan en los lagos y ríos subterráneos. E incluso personajes de la religión canónica tienen allí su morada, como La Magdalena. Si bien la más famosa de estas grutas es la francesa de la Sainte Baume, en la cueva de Urállaga (Galdames) existe una leyenda sobre las apariciones de la santa -cuya ermita se encuentra en la entrada de la gruta. Ermita que es objeto de una gran romería de amplio ámbito, con inclusión del barrio barakaldarra de El Regato/Errekatxo.

126 Una de las imágenes más reiteradas es la leyenda de un hada o lamia peinando continuamente su cabello con un peine de oro, tanto en la mitología popular del norte peninsular como en el romancero español (Callejo Cabo 1995: 67-68). Tanto en un curso de agua como en una cueva. En Galicia es característico que *la moura* aparezca peinándose sus largos cabellos, por lo general rojizos o rubios; cuidar sus cabellos y aparecer bien peinándose en público constituye un elemento de seducción muy eficaz de estas féminas sexualmente atractivas (Llinares García 1995: 107-109).

127 Como la de La Gándara, muy cerca del barrio de este mismo nombre en Sopuerta, en la que habita la encantadora Tudela (Trueba 1871: 59-60).

128 Acto que, en la mitología vasca, se atribuye generalmente a las *lamiak* (Barandiaran, 1973: II, 196-202). En otro lugar de este texto se hace referencia a los gigantes que vivieron en la cueva del Aguilucho.

129 Como la de La Magdalena en el barrio de Montellano (Galdames), ante la cual existió una ermita de esta advocación y donde moraba un fraudulento *espanto* (Trueba 1874: 131-159; 1978: 182, 190-191).

130 Aunque ya fuera del ámbito jurisdiccional y geográfico de Barakaldo, esta ermita rupestre y su romería están fuertemente a la religiosidad y al ciclo festivo popular barakaldarra, particularmente de los mineros de El Regato/Errekatxo y de Arnabal; motivo por el que se incluye en el presente estudio.



Figura 8. La cueva legendaria y sacral. La Magdalena de Urállaga.

explotación minera y por donde surgen las aguas que se sumen en el arroyo Eskatxabeltza¹³¹.

Según se afirma en el entorno, especialmente en Galdames, la propia Magdalena evangélica se aparecía bailando desnuda con cascabeles ante la entrada de la gruta; leyenda que no se entronca con las apariciones de santas propias de la religión canónica, sino con las de hadas danzantes propias de otras zonas, como el Este de Francia (Sébillot 1983: II, 280). Otra leyenda atribuye la construcción de la ermita a los padres de una joven del lugar llamada Magdalena. Esta fue salvada al borde del precipicio en un intento de suicidio, a causa de un amor no correspondido (*El Liberal* 23.07.1910). Una conseja de Trueba sitúa en la gruta al suicida *Alma-negra*, pérfido indiano oriundo de El Regato/Errekato y de la ferrería de Urdandegietta, que se precipitó desesperado en la sima. Cuando el torrente crece, se decía que el sujeto en cuestión llora y brama por estar condenado a vivir eternamente en las tinieblas de la oquedad, tiñendo con su sangre el citado torrente de la cueva (Trueba 1882: 178-179, 223).

3.3. Fuentes

Las fuentes, surgencias acuáticas de la Tierra, participan de ambos referentes numinosos. Algunas fuentes intermitentes se

asocian, en el imaginario popular, con presagios de fertilidad o sequía, así como con la predicción de calamidades públicas (Sébillot 1983: IV, 46-47), aunque se trate conjeturas para explicar simples fenómenos naturales.

En Barakaldo se consideró augural a una de estas fuentes intermitentes, la de Iguliz, entre Uruga y Aranguren, lugares hoy anegados por el embalse de *Sefanitro*. Tras haber estado seca durante varios meses, comenzó a manar de repente el 8 de diciembre de 1882 (Trueba 1888: 181). Esto sucedió al menos en otras dos ocasiones entre 1884 y 1944, evento que en las creencias populares se interpretaba como el presagio de una guerra (F. S. F.). Como otras fuentes de este tipo, la de Iguliz aumentaba paulatinamente su caudal hasta San Juan, contando con más agua en primavera, e incluso en el verano, que en invierno¹³² (Heres Oceja s. d.).

También existió la creencia que afirmaba que el chorro de la fuente de Amezaga (Retuerto) crecía o menguaba a medida que lo hacían los días del año. Y fue nuevamente Trueba quien dio noticia del fenómeno, afirmando que en sus salidas desde Bilbao hasta las fuentes de Iturrigorri y de “[...] la misteriosa de Amezaga, cuyo caudal juran y perjuran los baracaldeses que crece y mengua según crecen o menguan los días del año”¹³³ (N. B. 22.10.1874).

¹³¹ Aunque la época del emplazamiento del templo actual es ignorada, y la tradición oral designa como La Magdalena un lugar en las inmediaciones de Urallaga, posible ubicación preferente de la ermita.

¹³² Una vez anegada por el embalse, en 1946, la fuente se ha dejado ver por la bajada del nivel del mismo debida al estiaje: 21.08.1956, 8.11.1957, 23.09.1959, 11.10.1959, etc.

¹³³ Trueba matiza esta noticia en una carta publicada también por el N. B. (10-VII-1885), atribuyendo esta creencia, que no observación empírica, al vecindario del barrio de Retuerto, incluso al maestro del mismo.



Figura 9. La fuente como surgencia natural. Fuente de Las Calizas en los Montes de Triano.

3.4. Fenómenos y presagios celestes

Desde la Antigüedad se ha creído que el destino, individual y colectivo del hombre y de la humanidad están vinculados al aspecto y evoluciones de los astros, y la cultura popular de muy diversos países atesora al respecto un gran número de aforismos, dichos, creencias y también de presagios¹³⁴. En el imaginario popular la lectura de fenómenos naturales ocasionales se ha interpretado como prodigios o advertencias divinas. Por limitarnos a los de orden mayor, vinculados a los fenómenos celestes, el manual de folclore de Sébillot sistematiza una serie de presagios vinculados a las estrellas fugaces y a los cometas como augurios¹³⁵. Aunque más raramente, se cree que las lluvias de estrellas fugaces pronostican catástrofes, acontecimientos funestos o, como en Limousin, el fin del mundo. En

cuanto a los cometas, se piensa que su aparición presagia acontecimientos funestos, como la guerra o el fin del mundo (Sébillot 1989 [1982]: I, 68-71; Verdet 1989: 77-88)¹³⁶. Ambos fenómenos constituyen expresiones de desórdenes cósmicos, si bien el segundo es más efímero y habitualmente menos frecuente.

En el Barakaldo ya industrial y urbano subsistían estas creencias, derivadas de la socialización de sus habitantes en un ámbito rural, bien fueran estos nativos o inmigrantes. Así sucedió con el paso del cometa Halley, que se hizo visible desde los primeros días de enero de 1910 hasta la noche del 18 al 19 de mayo¹³⁷ de este año, en la que fue visto sobre el cielo de Barakaldo. La aparente proximidad del meteoro hizo temer a las gentes, y muchos creyeron que el fin del mundo era inminente. En tanto que unos juzgaron oportuno prepararse para la inminente muerte, otros convecinos optaron por

¹³⁴ Con el descubrimiento de la metalurgia y, con ella, las fundiciones, herreros y metalúrgicos entendidos como sobrenaturales por dominar el poder ígneo nacen mitos vinculados a los meteoritos, a las creencias astrales y a la astrología. Zeus o Júpiter olímpico es el Señor del firmamento y de las montañas, pero también de los meteoritos (cfr. Gómez-Tabanera 1995: 268).

¹³⁵ En diversas regiones francesas se entiende la caída de una estrella fugaz como presagio de la muerte de alguien, o bien que se trata de una persona que asciende al cielo tras haber expiado sus culpas. Ya Plinio, en su *Historia Natural*, asegura que los cometas son astros que siembran el terror, por lo que es preciso vigilar la aparición de estos grandes desordenadores del orden celeste. Para la imaginación popular significan malos presagios.

¹³⁶ El paso del cometa se asociaba a grandes catástrofes. Incluso en su visita de 1910, aún se temía la llegada del apocalipsis, aunque en aquella ocasión fue un científico quien incrementó los temores populares. El 8 de febrero de aquel año, el diario *The New York Times* informaba de que el Observatorio Yerkes de la Universidad de Chicago había detectado el gas letal cianógeno en la cola del Halley, que barrería la Tierra. Y el pronóstico del astrónomo Camille Flammarion no era muy halagüeño: "el Eianógeno podría impregnar la atmósfera y posiblemente apagar toda la vida en la Tierra". Este temor a los cometas procede de la creencia, a partir de la Edad Media, de que la aparición de una nueva "estrella" violaba el orden de los cielos, lo que venía a ser el un sinónimo de desgracia o de catástrofe.

¹³⁷ El cataclismo pronosticado para esa temporada provocó temores en toda Europa, avivándose la inquietud a medida que se acercaba la temida noche fatal del 18 de mayo. En Madrid, según *El Liberal* del 4 de mayo, algún comerciante liquidó sus existencias a precios de saldo. En ámbitos más tradicionales, como el lombardo Val di Rose, los vecinos salían todas las noches por las calles entre el 1 y el 19 de mayo con antorchas y estrellas de cartón para tratar de conjurar el peligro del Halley, disparando al aire como gesto final del rito.

despedirse de la vida con una sencilla orgía. De víspera, subieron a las lomas de Rontegi y Tuntún bien provistos de manjares y de ropa de cama. Allí pernoctaron comiendo, bebiendo y bailando hasta el amanecer. Este les sorprendió sin que, afortunadamente, tuviera lugar la temida catástrofe (*Pormécheta* 1968).

La creencia en el poder maléfico de los cometas se encuentra en todas las épocas y culturas del mundo, y buena muestra de ello han sido actitudes determinadas de pánico ante el paso de los cometas de la década de 1990¹³⁸; es decir, casi hasta nuestros días. Aunque el presagio no siempre es funesto sino, muy al contrario, de buen augurio. La misma reacción que en Barakaldo suscitó, en 1914 otro cometa en Albania, cuya aparición coincidió con el desencadenamiento de la Gran Guerra¹³⁹.

También la aparición de estrellas fugaces participa del desorden celeste, al igual que un cometa, aunque el fenómeno sea más efímero. En otros tiempos se creía que las estrellas fugaces estaban vinculadas a las almas (Verdet 1989: 87-88). Hay quien consideraba a las estrellas fugaces como anunciadoras de noticias negativas, portadoras de anuncios de muerte e incluso de catástrofes colectivas, como la guerra.

No fueron muy afortunados los barakaldarras con la profusión de estrellas fugaces observada aquella noche primaveral de 1936, cuando ya los jinetes del Apocalipsis preparaban armas, arneses y caballerías. Así lo cuenta un testigo de aquel suceso:

"Una noche, que trabajo hasta las diez, salgo de los talleres. Mirando el cielo veo trastornada su inmovilidad. Las estrellas surgen a millares volando como bengalas. El espectáculo dura mucho rato. Lo contemplo con admiración. Mi madre solía decir que indicaba guerra" (Fernández 1971: 183-184).

Al otro extremo del pueblo, en la barriada o cooperativa de viviendas *Villa Róntegi* (Landaburu), los vecinos de sus 27 viviendas unifamiliares estaban, como de costumbre en esta estación y a primera hora de la noche, "tomando la fresca", en tertulias que reunían en la calle a las familias de cada cuatro o cinco casas más próximas. Uno de ellos afirmó, al presenciar este fenómeno celeste: *"Esto es muy mala señal, no va a suceder nada bueno"*¹⁴⁰.

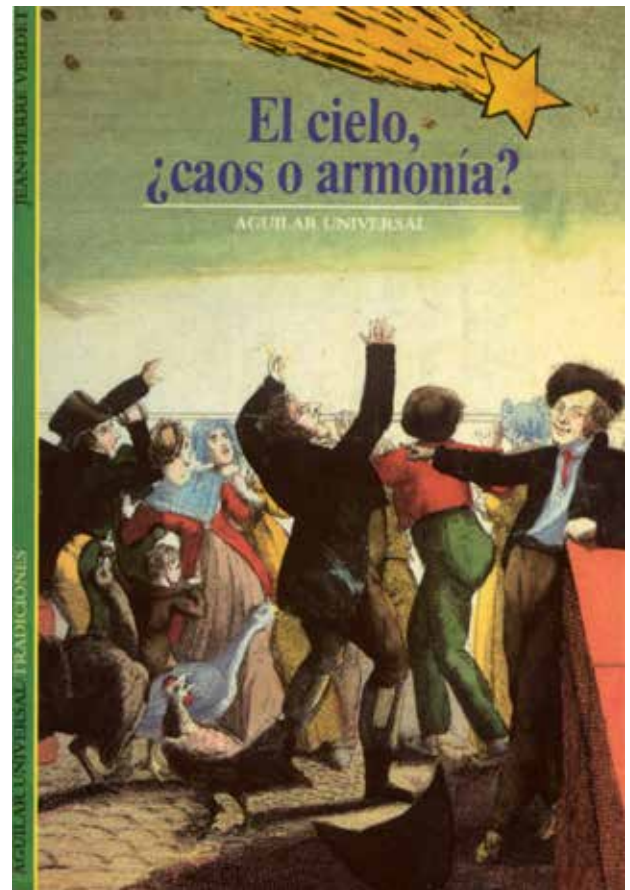


Figura 10. La irrupción de un cometa, interpretado como inquietante presagio celeste.

138 D/Shoemaker-Levy 9 1994, Hyakutake 1996 y Hale-Boop 1997.

139 "Hubo división de opiniones acerca de si fue el cometa quien desde un principio imprimió su sello funesto a aquel año, o bien si fue más tarde, ya desencadenados los acontecimientos, cuando la gente se convenció a sí misma de haberle atribuido ese poder desde el comienzo. La verdad era que el cometa, si bien había provocado el pánico de una parte de la población, había despertado esperanzas en la otra" (Kadaré 1996: 9).

140 Se trataba de Gregorio Puerta, vecino de mi familia y a la sazón calderero de la empresa *Euskalduna*. Mi padre, Ignacio Homobono Marina, que fue testigo presencial, duda si este presagio se formuló durante el estío del año 1935 o el de 1936. En varias aldeas de la albaceteña Sierra de Yeste se interpretaron indefectiblemente varias "lluvias" de meteoritos como presagio de catástrofe, y en concreto como preludio de la Guerra Civil las habidas pocos años antes de la misma: las noches del 9.10.1933 y otra del año 1935 (Jordán y Peña 1992: 140).